

Olivier, Laurent: *César contra Vercingétorix*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2021, 594 pp. Traducción de Nuria Durán. ISBN: 978-84-18322-42-6.

Sabino Perea Yébenes¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfi.35.2022.34100>

En la contraportada leemos que este libro ha sido ganador del prestigioso (¡prestigioso?) premio Louis-Castex 2020, ¡dotado con 1.000 euros! Y se nos dice que presenta el enfrentamiento de César y de Vercingétorix «como si de una trama criminal se tratase», en una «acción guerrillera (gala) que duró nueve meses, magistralmente dirigida...». Para más inri –quizás para atraer la atención de los lectores de cómics– se intenta captar al lector con la célebre frase con que se anuncian los tebeos de Astérix: «Toda la Galia estaba ocupada por romanos... ¿Toda? ¡No! Una aldea poblada por irreductibles galos resiste...», etc. Llama la atención este aviso o reclamo al lector en un libro presumiblemente científico. En cierto sentido, se desprecia la cultura del potencial lector, reduciendo su conocimiento del mundo galo antiguo a las aventuras de Astérix.

Pero no es una banalidad nueva. Esta extraña identificación Vercingétorix-Astérix se había establecido ya en el libro coordinado por Jean-Jacques Rochard, *Vercingetorix le Gaulois*, Paris, La Table Ronde, 1967, libro que se edita con una presentación de René Goscinny, guionista de Astérix. Habría que hacer la salvedad de que si «en espíritu» Vercingétorix y Astérix se asemejan, difieren en el aspecto físico, según las noticias que tenemos de Vercingétorix por mano del propio César y de la iconografía presente en algunas monedas: de ningún modo parece que el héroe arverno que se describe en el *Bellum Gallicum* fuese un ser pequeñito y cargante.

Pues bien, este libro no es otra cosa que la narración de la aventura de Vercingétorix (cual Astérix) al frente de los irreductibles galos que se enfrentan a los odiosos romanos por su afán imperialista, viniendo a turbar la solaz paz de los galos en sus idílicas aldeas, donde vivían felices con sus encantadoras costumbres y sus simpáticos druidas.

En este libro, Olivier pretende darnos una visión nueva de Vercingétorix, pero en realidad está llena de tópicos explicados de una forma más moderna. En el fondo, en su ideología, nada difiere este libro de aquél que publicara Camille Jullian en 1900 (*Vercingetorix*, Paris, Hachette). Para Jullian, y lo mismo para Olivier, Vercingétorix es un príncipe celta ejemplar, pero sobre todo es un héroe nacional, un modelo patriótico: noble en sus actos, refinado, valiente, capaz de

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C. e.: sperea@geo.uned.es

insuflar el coraje a sus guerreros para luchar por objetivos sublimes, como su independencia y su estilo de vida, como si el suyo fuese el mejor de los mundos posibles, la mejor de las culturas.

Todo el relato de la conquista de la Galia por los romanos, por César, es visto por Olivier a través de los ojos de Vercingétorix, como si toda la época girase en torno a este individuo que, en realidad, solo es protagonista de un periodo corto y además un líder derrotado.

La paradoja de la historia del héroe galo es que prácticamente todo lo que sabemos de él lo conocemos por lo que nos cuenta César, su enemigo. Pero aun así, Olivier se empecina en mostrar «la otra cara de la moneda», a un Vercingétorix del que se resaltan las virtudes que el propio César le atribuye, y cuyos defectos, excesos y equivocaciones son justificados por las circunstancias o por las actuaciones, nunca bien ponderadas, del general romano.

El libro, es, sobre todo, un alegato contra el imperialismo romano, acorde con una línea de pensamiento muy actual abanderada por los que se erigen en portavoces del estandarte nacionalista. Los nacionalismos del siglo XIX vuelven con nuevos bríos y formas; también de mano de los historiadores que resucitan ideales decimonónicos trasnochados, extrañamente reivindicados por los obtusos defensores de sus patrias chicas que usan masivamente medios globales de comunicación, como son los libros o las redes sociales. Los imperios y las conquistas parecen no gustar a nadie ahora; y como ahora no gustan, se atacan los imperios antiguos siempre que hay ocasión. ¡Parece que el imperio de la imperiofobia se impone!, valga el retruécano.

Desde las primeras páginas del prólogo, Olivier no disimula: «La Galia se había convertido en romana, dejando atrás su antiguo legado bárbaro... La lección de este *dramático acontecimiento* encierra un mensaje ambiguo: ¿debemos renunciar a lo que somos y someternos por una potencia extranjera para introducirnos en el progreso y la civilización? Entonces, ¿esas personas que alguna vez fueron (fuimos) arrancados de la rudeza de la mediocridad, por qué se nos amenaza por retroceder?, ¿necesitamos un maestro que nos eduque o un soberano que nos dirija, nosotros que (según ellos) nos hundiríamos en la anarquía y la discordia?» (pp. 11-12).

Por estas páginas afloran los sentimientos de pertenencia al espíritu galo, de sentirse galo, como aquellos antiguos que lucharon contra el invasor. Michel Rambaud, en su comentario al *Vercingétorix* de Jullian (*Revue des Études Anciennes*, 1965, 259-262), comentaba: «Este Vercingétorix es producto de la agitación revolucionaria y napoleónica. Desde 1790, los franceses han concebido un patriotismo liberado del elemento monárquico y personal, más democrático, por lo tanto más nacionalista; sin contar ya con su rey para defenderlo, el pueblo se levantó en masa contra el invasor. Publicado en 1900, el libro de Jullian es una manifestación del renacimiento de este espíritu que condujo a los franceses de las desgracias de 1870 a la victoria del Marne. Lo acompaña una exigencia, la de un héroe que inspirará y guiará el impulso de las masas... Vercingétorix se convierte

así en el modelo, el primero en la cronología, de estos valientes que unieron los esfuerzos de la nación contra un agresor», César, que es un «conquistador megalómano ambicioso que siempre repite las mismas maniobras», del que hay poco que admirar, pues es mejor denigrar su personalidad, condenar el uso de trampas contra los hombres muchas otras «acciones criminales y repugnantes». Ciento veinte años después, la orientación ideológica no ha cambiado mucho, aunque se ha disfrazado de historiografía actualizada y revisionista, de mano de Olivier. En este libro no interesan las Guerras Gálicas en general, en todos los años de su desarrollo, sino únicamente aquellos años en los que Vercingétorix es protagonista. Se pretende enfatizar la figura del héroe galo hasta pretender ponerlo a la altura del propio César, como se enfrenta a dos boxeadores de peso y categoría equivalente o a dos ajedrecistas que mueven sus piezas en un tablero común.

La *laus gallica* se percibe a lo largo de todo este libro, del que nos permitimos entresacar ideas tendenciosas que afloran según vamos avanzando en su lectura. Así, la conquista de la Galia es «el sueño de César» (pp. 19-25); el romano es «un intruso» (p. 11), mientras que el joven Vercingétorix es un comandante en jefe de una insurrección de resistencia, que fue, víctima, finalmente «entregado y atado, mientras interminables filas de prisioneros de guerra, exhaustos y demacrados, son llevados a través de las vías romanas para su esclavización en Italia» (p. 11). Para Olivier, Vercingétorix es un héroe que debe ser reivindicado (pp. 16-17). ¿Acaso no lo ha ido suficientemente por los historiadores desde el siglo XIX hasta hoy? Vercingétorix es una víctima, de la situación, del sistema, y especialmente de César, que es «el hombre que lo asesinó» (Cap. I), es el general ambicioso (pp. 32-35), al que favorece la suerte («nació con estrella», p. 35), educado «en el aprendizaje del poder» (p. 41-44), hasta que tal poder fue total (pp. 45-46), pero aún quería más: ¡y puso los ojos en la Galia!, objetivo de este «señor de la guerra» (p. 49). Por el contrario, en ese tiempo, Vercingétorix es un hombre sencillo, humilde, de hecho, *desconocido* (cap. II), pero del cual el autor propone la duda de si «era un joven o un dios» (p. 63), que, desde la leyenda o la realidad, inició la época de la «grandeza arverna» (p. 69), hasta el punto de lograr un equilibrio de fuerzas entre galos y romanos (pp. 73-86). El enfrentamiento de Vercingétorix contra César en el 52 es «un golpe de gloria que hace tambalear el edificio de relaciones diplomáticas» (p. 77). Los carnutos que masacraron a los *tradicantes* (comerciantes) romanos son pequeños héroes de la resistencia (p. 77); se multiplican las acciones que propugnan una «reconquista de la soberanía gala» (p. 79), que procura sumar fuerzas de pueblos hasta entonces reticentes a sumarse a una gran coalición, como los eduos o carnutos, que toman conciencia de que han de planificar una guerra de guerrillas contra las tropas romanas de ocupación. Una prueba más de su capacidad de resistencia será el asedio de *Avaricum* en el 51, que cae a manos de César, y replantea (Vercingétorix) un nuevo sentido de guerra, nuevas estrategias, que coronan exitosamente en el asedio romano a *Gergovia*, que César no pudo realizar, retirándose, con el baldón de gran mortandad entre las legiones romanas.

Esa victoria gala fue un rayo de Sol, un rayo de esperanza, cuyo fruto más notable fue proclamar a Vercingétorix en «líder de toda la Galia» (pp. 108-111), en realzar su carisma y alumbrar la idea de que, en una lucha *inter pares*, César podía ser derrotado por este nuevo caudillo. César, mueve sus tropas hacia el fuerte de Alesia, donde tendrá lugar un largo asedio, y la batalla final contada por Olivier con tintes dramáticos (pp. 111-125). La derrota y captura de Vercingétorix, en realidad un líder efímero, pone fin a la conquista de Galia y a la primera parte de este libro.

La segunda lleva este título: *¡Mientes, César!* Título que no tiene más sentido que provocar, y, al mismo tiempo prevenir al lector de lo que puede encontrar en las páginas siguientes. En efecto, el autor, ridiculiza la frase cesariana «*veni, vedi, vici*», frase que por cierto nada tiene que ver con la conquista de Galia (puesto que la pronunció César en 47 informando al Senado sobre la expeditiva victoria sobre el rey Farnaces II del Ponto), pero que el autor aprovecha para ilustrar la prepotencia romana y en especial la de César (pp. 129-130). Lo que pretende Olivier en este largo capítulo segundo es «reducarnos» en la lectura de la obra de César, tal como él (Olivier) quiere que la entendamos (pp. 138-141) para llegar a la conclusión de que César tenía una imagen deformada de la cultura gala, de que lo que sabemos es solamente una *romana interpretatio* (se insiste mucho en esto), como si César, dice con ironía el autor, fuese un hombre «que todo lo ha visto y todo lo sabe» (pp. 148). La conclusión, dice Olivier, es que hay que «reconfigurar la realidad de los hechos» (p. 151), es decir, cambiar la historia, rellenando a conveniencia «sus agujeros», pues la Historia tiene «muchos agujeros» (pp. 518-520), curiosa y estrambótica forma que tiene el autor de aludir a la carencia de una literatura propia gala contemporánea al *Bellum Gallicum* cesariano.

Pero aún más, para Olivier, la ausencia de fuentes galas en este conflicto, y el hecho de que el mejor y único testimonio sea el de César, implicado directamente en él, lo anula, recordando el apotegma del Derecho Romano que dice «*testis unus, testis nullus*» (p. 155). Por tanto, César *no vale*, no basta, para conocer la conquista romana de Galia. Eliminado, casi, o minimizado éste, Olivier picotea en las obras de otros historiadores posteriores que trajeron, con mayor o menor extensión y profundidad, la acción de César en Galia y en particular la captura de Vercingétorix. Así, Suetonio (intrascendente para el tema), Casio Dion (pp. 159-164) y Orosio (pp. 164-165). Preocupados por la Historia de Roma, estos autores tampoco dicen nada sustancioso sobre lo que le interesa a Olivier para llenar «sus agujeros».

Analizadas estas fuentes secundarias en importancia, y descalificada la principal (el *B.G. cesariano*), el autor retoma el tono victimista describiendo el *via crucis* del gran Vercingétorix desde su captura en Alesia hasta Roma, su exhibición en la pompa triunfal del *imperator*, y su «ejecución» al ser arrojado al *Tullianum*, la cárcel profunda donde acabó sus días el líder de la resistencia gala. La descripción de lo que puede sufrir un preso encadenado y con grilletes en una cárcel (p. 171) merece ser leída. Parece como si, ahorrojado, Vercingétorix tuviera más dolor y sufrimiento que cualquier otro prisionero de guerra.

Dicho esto, Olivier pone en marcha (pp. 177 ss.) lo que denomina «la fábrica de la verdad», haciendo un repaso sumario al retrato que se tiene de Vercingétorix a través de los ensayos históricos previos, partiendo, claro, de la «falsedad» del texto de César, y recordando los grandes ensayos históricos de Jullian, Carcopino o Harmand (pp. 184-187). Y en su intento de forzar a las fuentes, el autor habla de «registros (históricos) engañosos» (pp. 187-196) con un vuelta y dale a la hipercrítica a los *Commentarii* de César, insistiendo cansinamente en «el montaje de los hechos» (p. 196) y los «errores de César» (pp. 198-202). Estas ideas sobre la falsificación de la realidad sobre la conquista de Galia no se paran aquí. En todo el cap. VIII insiste en que el Vercingétorix de César no es sino «un cuento» (p. 203), una «historia increíble» (p. 206). Para Olivier, todo es falso, pues nadie lo vio con sus propios ojos, y quien lo vio (César), falsea la realidad a sus intereses (pp. 207-211), puesto no hay más testigos, de modo que el relato cesariano es una novela (p. 214), una «fábula triste» (p. 218), «una escena de circo» (p. 219). Descalificada la fuente principal, Olivier se pregunta: Entonces, «¿Podemos conocer lo que pasó?» (p. 223). La verdad sobre el pasado es «inquietante» (p. 223), y la única salida es «la memoria histórica» (sic, ¡horror!) (p. 229). En resumen, que la memoria (el recuerdo, el sentimiento nacional, ¡21 siglos después!) debe arrumar a las fuentes antiguas al desván de los objetos inútiles. Pero sigamos leyendo.

El tercer bloque del libro lleva por título o lema: ¡Devolvednos a Vercingétorix! Título reivindicativo que nada sorprende a estas alturas. ¡Muy ilustrativo *per se!*! ¡Que nos dejen volver a la aldea de Astérix!, parece reclamar a gritos el autor.

Todo el capítulo IX es una reconstrucción *ad forman* de la imagen de un Vercingétorix *renacido* a partir las cenizas que ha dejado la hoguera donde los libros de César han sido quemados y requemados por Olivier, que se complace y disfruta en presentarnos a un César *trágico* con argumentos tan reiterativos como peregrinos (pp. 239-241). La reivindicación de Vercingétorix la inicia el autor rebuscando en autores franceses del XVII y del XVIII, evidenciándose en estos siglos un interés creciente por los orígenes del pueblo galo (pp. 241-244) hasta consolidarse la idea de «nación gala» como aquella del Tercer Estado surgido del espíritu revolucionario, como se lee en la obra del Abbé Sièyes (1789). Esta rehabilitación de los antiguos galos debía incluir, a la fuerza, la reclamación del «nuevo Vercingétorix», que fue «reinventado» hasta convertirlo en ejemplo y modelo óptimo del «luchador por la libertad» (p. 249), como al verdadero héroe de las guerras de las Galias, aunque fuera derrotado y deportado. Vercingétorix era el héroe del pueblo por antonomasia, la «encarnación de la Galia» (p. 256), y su mártir (p. 259), tal como se le consideraba en los dramas románticos de tres al cuarto.

En el capítulo 10 Olivier vuelve la mirada al pasado próximo. Napoleón III era «un nuevo César para Francia», de modo que el pensamiento pro galo y, por tanto, anticesariano dio entonces un giro. Los eruditos de la Academia reenfocaron los estudios sobre la conquista de las Galias y la figura de César, al hilo de los hallazgos arqueológicos que se estaban avanzando en sitios claves como Alesia, Gergovia

o Bibracte, alentados y financiados por Napoleón. Urgía entonces recuperar este pasado, exhumar los testimonios (pp. 261-289).

Con su ánimo provocador a la hora de poner nombre a los capítulos, Olivier titula así el undécimo: *El primero de los franceses*. No puede ser otro que su idolatrado Vercingétorix, naturalmente, «el patriota» (p. 291), el defensor de la Galia (p. 301), «el que fue derrotado por nuestro bien» (p. 303). De ello parece deducir que hay que aprender algo, alguna enseñanza, según Olivier (pp. 305-308). Reiterativo hasta el aburrimiento, en todo el capítulo XII asistimos a una mezcla de historiografía revisionista mezclada con la historia política de Francia y de Alemania en el XIX, solamente para comparar y confrontar a estas dos naciones en su nuevo espíritu nacionalista. En el capítulo siguiente se insiste sobre lo mismo aunque incluye la idea de la «aceptación de nuestra derrota», es decir, la de Vercingétorix, y por ende y por extensión, otras derrotas francesas (régimen de Vichy) (cf. pp. 355-365).

Enterrados los fantasmas del XIX, en la cuarta sección de este libro, los capítulos XIV-XVIII encontramos más de lo mismo: la resurrección de Vercingétorix, su regreso, como un fantasma que viene a iluminar a los franceses de hoy que suspiran y añoran –según parece– a aquellos galos aldeanos que seguían con sus hoces y calderos a los caudillos guerreros. En pp. 369-395 el autor propone, como un desafío a sí mismo, mostrarnos un lado, o más bien percepción, negativa de Vercingétorix, planteando falsas paradojas que quieren decir lo contrario de lo que lógicamente indican. ¿Era Vercingétorix un idiota útil? ¿Un terrorista en la resistencia? ¿Un agente doble? ¿Un enemigo del pueblo? ¿Un reaccionario? ¿Un idiota o un bastardo? (pp. 370-389). Todo ello es pura retórica innecesaria. Luego, en el mismo capítulo, y sin conexión con lo anterior, el autor se refiere a las dudas sobre la ubicación de algunos yacimientos arqueológicos. Y en capítulo siguiente, el XV, lo centra en Alesia, desarrollando lo que antes se había dicho, aunque ampliando el análisis a nuevas aportaciones de arqueólogos franceses del XX, a un breve comentario numismático (pp. 411-415 y 418-419), y a los hallazgos de material militar encontrado en los sitios donde tuvieron lugar los choques bélicos mejor documentados por las fuentes y por las excavaciones.

Si algo quedaba por decir de la arquetología de Vercingétorix, todo el capítulo XVI está consagrado a ensalzar sus virtudes como militar y estratega, un capítulo de historia militar donde todo suena a *déjà vu*. Reiterativo e innecesario es igualmente el capítulo XVII sobre *Los valores de la Galia*, o, lo que es lo mismo, su tradición cultural: el valor que los galos concedían a la guerra, el poder político y religioso de los druidas. Siguen varias páginas sobre el dinero (no a las monedas) sino a su relativa importancia en la economía y la desestabilización que introdujo el uso de monedas en la sociedad primitiva. En el capítulo final se habla de la «utopía gala», de las «pequeñas patrias galas», de su solidaridad, y hasta se plantea la duda de si en Galia hubo, o no, instituciones democráticas (pp. 498-501).

La bibliografía final es muy completa, prácticamente toda ella en francés (algo natural, en este caso, dado el tema), pero claramente infrautilizada por el autor a lo largo del discurso principal del libro, e incluso en las notas finales.

Malgré lui, al final, habrá que aceptar que la verdadera utopía gala –creer que su aislamiento cultural y su independencia política era posible y que debía ser eterna– fracasó. Era una aspiración que estaba totalmente fuera de la realidad del siglo I a.C., porque simplemente para los romanos el concepto «globalización» era sinónimo de conquista, y los galos, como otros pueblos de cultura celta, fueron presa, antes o después, de las armas romanas, inevitablemente. Y los constructos ideológicos como el de Olivier en este libro, no pueden balancear a su favor los hechos, salvo que se pretenda descaradamente falsear la realidad, disfrazarla o deformarla poniendo las fuentes enfrente de un espejo cóncavo.

